

CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*, Madrid, Editorial Actas, 2008, 220 pp.

RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA (\*)

El nacionalcatolicismo ha sido una cuestión analizada desde puntos de vista diversos, pero coincidentes en lo esencial: la responsabilidad única y exclusiva de la Iglesia en la legitimación última del régimen franquista. Un fenómeno de esta naturaleza no parecía ofrecer campo abonado a nuevos debates; sin embargo, errábamos en la suposición. El libro más reciente de José Manuel Cuenca Toribio es una auténtica provocación intelectual, un estímulo para agitar las adormecidas conciencias de historiadores acostumbrados a reiterar supuestas evidencias. En esta ocasión, quien nos tiene familiarizados con obras voluminosas somete al lector, en apenas doscientas páginas, a una tensión constante, a una revisión de certezas infundadas, y lo hace, en su mejor tradición, con un abrumador conocimiento de causa de los autores y obras analizados, amén de la bibliografía más reciente aunque –antes por modestia que por atenerse a la realidad– afirme alejarse del «fetichismo de la actualidad» que obliga a conocer de primera mano todo lo que se publica.

Comencemos con una cita que aparece una vez bien avanzada la obra: «El franquismo no creó ningún tipo de nacionalismo ni siquiera de la índole del nacionalcatolicismo» (página 158). Esta afirmación desnuda acerca de una dictadura calificada con insistencia como nacionalista no deja de resultar inquietante. A pesar de ello, el nudo argumental trabado hasta alcanzar tal conclusión es convincente. El nacionalcatolicismo no aparece ante la lente crítica del profesor Cuenca como una creación original y propia, nacida al calor de la Guerra Civil Española. La larga marcha del nacionalismo hispano, ribeteada de componentes católicos incluso dentro de la tradición liberal, influiría de manera determinante en la interpretación falangista que, con vocación hegemónica, se hizo presente durante la Guerra. La «amalgama» de

---

(\*) Universidad de Valladolid

ideas con la que el autor caracteriza el nacionalsindicalismo habría pretendido despojarse en principio de algunos rasgos de la religión considerados, según la corte joseantoniana, viejos resabios decimonónicos. Así, si se nos permite, sobresaldría la forma romana, estética antes que ética, católica antes que cristiana, en el sentido schmittiano de estos términos.

Tal tendencia, explicada en función del deslumbrante avance de los Estados fuertes durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, puso en guardia al episcopado español, preocupado por reservar al catolicismo el papel de vivificador de la realidad nacional, y no al contrario. Aparece entonces en escena la figura de Isidro Gomá. Resulta difícil romper con la visión más estereotipada del prelado tarracónense, pero Cuenca lo consigue mediante un profundo análisis de sus escritos más significativos. Podría concluirse que la relación intrínseca, expuesta por el Cardenal, entre el sentimiento católico y la nación española representaría el antídoto contra la deriva más estatalista de la Falange en tanto en cuanto la doctrina católica otorga dignidad a la persona e infunde solidez a los elementos constitutivos del Derecho Público. La síntesis entre moral nacional y moral cristiana, sustento del nuevo Estado, arrumbaba las tentaciones totalitarias de algunos falangistas fascinados por el oropel del nazismo. Concretamente, el fuste intelectual de Manuel García Morente ocuparía uno de los puestos de mayor relieve en el podio de hombres ilustres del nacionalismo de posguerra («No se puede ser español y no ser católico, porque si no se es católico no se es español»). Morente expandió en su pensamiento el ámbito territorial y espiritual de esta peculiar fusión de lo nacional y lo católico al dotar de este mismo sentido al concepto de Hispanidad: en realidad, como argumenta nuestro autor, el jiennense habría culminado la labor emprendida por Gomá.

De este modo, pues, ante las generalizaciones, tópicos y explicaciones poco fundadas que tienden a repetirse en nuestra historiografía desde los años setenta, el profesor Cuenca Toribio indaga en el denso y singular mundo de la producción intelectual de los últimos años de la Guerra Civil y primeros de la Mundial. En aquel contexto —que no es precisamente un páramo—, y sin perder de vista en ningún momento las circunstancias de excepción en las que se desarrolla el debate de

las ideas, el autor descubre cuidadosamente la urdimbre del tapiz nacionalcatólico. El gozne entre la década de los treinta y los cuarenta cuenta con una notable nómina de filósofos, juristas e historiadores, muchos de ellos provenientes de una fructífera trayectoria liberal, que en aquellos momentos, bien iniciaban, bien acrisolaban interpretaciones sobre la realidad española en las cuales Nación y Religión desempeñaban un papel importante. Así, al margen de acusadas diferencias formativas y vitales, los Aguado Bleye y los Valbuena Prat unían sus afanes investigadores a los jóvenes valores emergentes –caso de Sánchez Agesta o de Conde García–, a los falangistas como Tovar, a los tradicionalistas como Elías de Tejada e incluso a los monárquicos alfonsinos como Pemartín y Pemán. En todos ellos latía la sustancia católica de la Nación, expresada de forma más o menos aquilatada en las obras que por aquel entonces publicaron.

En efecto, el ardor nacionalista de la Falange, tan en boga hasta la fecha, se vio encauzado por una pléyade de escritores hacia el fundente de la catolicidad. La acomodación a los nuevos tiempos, a las nuevas exigencias, sin demérito alguno de sus capacidades, tendría en Pedro Laín Entralgo uno de sus máximos cultivadores en esa pugna por aunar el catolicismo con el programa de regeneración propuesto por los herederos de José Antonio. La situación internacional había cambiado irremisiblemente entre 1942 y 1943; la atracción totalitaria perdía vigor mientras lo recuperaba la defensa de la civilización cristiana occidental, que cubría ahora la superficie impresa de periódicos y revistas en detrimento de las loas a Roma y Berlín. Si bien para la legitimidad del Régimen continuaban siendo necesarios los postulados falangistas, éstos fueron progresivamente aligerados, en forma y en contenido, de la pesada carga de los fascismos europeos. Se imponían así, de manera rotunda, las fuentes católicas; el triunfo de Gomá frente a la aspereza de la Falange. Al fin y al cabo, el catolicismo como elemento nutriente del discurso nacionalsindicalista había estado presente desde sus orígenes, aunque fuera retóricamente. Francisco Javier Conde escribiría: «Una vez vencido el Estado totalitario y debilitado el Estado liberal, era la oportunidad del Nuevo Estado español». La oportunidad real era, por tanto, para el nacionalcatolicismo. Éste resultaba el mejor programa que podía atisbar el régimen personalista y conservador de Franco frente a una posible deriva totalitaria, y

también el mejor marco político dentro del cual dar rienda suelta a la voluntad de re-catolizar el país. Como bien explica el profesor Cuenca, de las alturas intelectuales a los textos de Bachillerato, el salto pudo darse en aquellos años cuarenta gracias a la mediación de religiosos dispuestos a extender entre las generaciones más jóvenes esta nueva –o vieja– forma de entrelazar nación y religión.

Tomando en consideración la flaccidez del nacionalismo español y la enteca catolicidad española a la muerte de Franco, cabría dejarse llevar por las pautas historiográficas más consolidadas y definir el nacionalcatolicismo única y exclusivamente por su fracaso, aceptando sin replicar las características que le atribuyen aquellas plumas: «ilimitada alienación, cecidad absoluta y tórpido espíritu» (página 135). No hay tal, o al menos, aquello es solo una parte del fenómeno. Una mezcla de religión y política, en la mayoría de los casos teñida de confusión, sostuvo el edificio nacionalcatólico –y, sin duda, condujo a exageraciones y abusos–, pero también lo hicieron, en grupos e individualidades generosas, la inquietud por fomentar la re-cristianización de la sociedad al entender ésta como el mejor medio para cerrar las heridas abiertas por tanta guerra, por tanto enfrentamiento, así como la influencia de ejemplos señeros del episcopado que en palabra y obra lograron, entre otras cosas, no solo matizar sino incluso revocar tendencias estatalizadoras y acometer una intensa labor social en toda la geografía nacional. Se trata de actitudes y hechos que han pasado más desapercibidos frente a los denominados por Cuenca «fenómenos castizos»: típicas secuelas del barroquismo hispano, como las mareas de mantillas en las procesiones de Semana Santa y los excesos retóricos de algunos curas y políticos metidos a redimir no ya a la vieja piel de toro, sino a toda la Humanidad.

Nada más lejos del decano de los catedráticos de Historia Contemporánea que la tentación de justificar prácticas del pasado: al contrario, su empeño es, como en otras obras de su dilatada producción, reubicar en toda su amplitud y complejidad el debate historiográfico de una cuestión tan manida, ajeno, eso sí, a la reiteración *ad satietatem*. Al fin y al cabo, como afirma el autor, «acaso fuese el nacionalcatolicismo sobre todo una teoría de resistencia frente al mundo moderno y, muy singularmente, una final puesta en escena de los valores y

manifestaciones de la religión española, confirmada en Trento y reseñada por el barroco» (página 156). Visto de esta forma, Iglesia y Estado se necesitaron tras la bárbara tragedia de la Guerra Civil, haciendo del nacionalcatolicismo un paréntesis más o menos pasajero, una «deformación» del ya de por sí feble nacionalismo español.

Coda: no dejen de releer, entre epílogo y rearme, las dos últimas páginas del libro.